

PREMIOS Y VENCEDORES EN LOS JUEGOS DE OLIMPIA

Conrado Durántez Corral

Presidente Academia Olímpica Española

Resumen:

El presente trabajo supone un análisis y exposición histórica sobre diversas circunstancias relacionadas con los agones que se celebraban en la antigüedad en Olimpia, rescatando conceptos y efemérides. Utilizando principalmente como fuentes textos de autores clásicos, a través del estudio, examen y contraste de sus testimonios, se reconstruyen los eventos y se sitúa en aquel contexto histórico y social los hechos, los participantes y se rememora el devenir de los vencedores legendarios.

Palabras clave: Premios. Vencedores. Historia de Olimpia, Juegos de Olimpia.

AWARDS AND WINNERS IN OLYMPIA GAMES.

Abstract:

The present work is an analysis and historic exposition about several circumstances related with the competitions that were celebrated in the ancient Olympia, recovering concepts and events. Using as principal sources texts from classic authors and by the study, examination and contrast of their testimonies, events can be reconstructed, facts and participants can be placed in a historical and social context and the becoming of the legendary winners can be remembered.

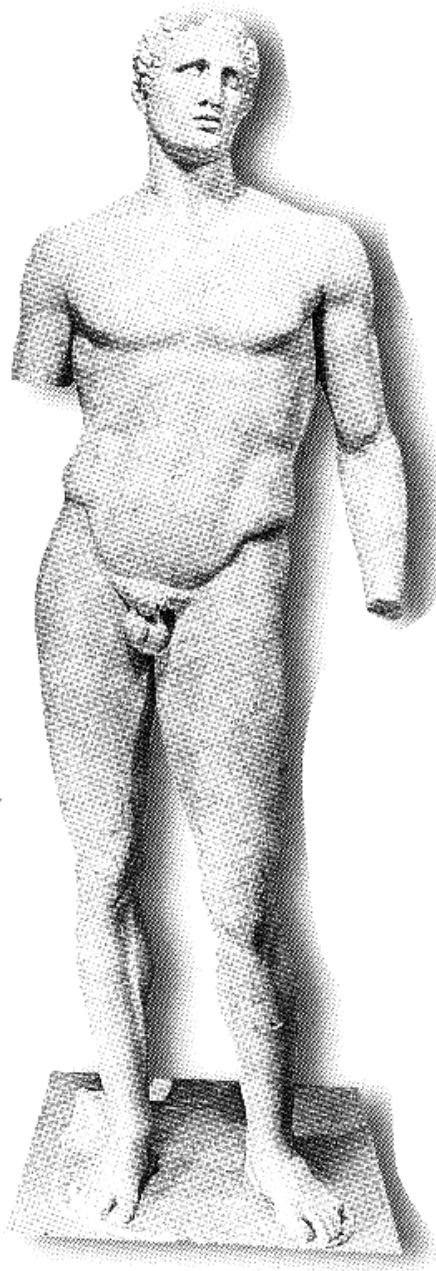
Key words: Awards, Winners, History of Olympia, Olympia games.

1. La Victoria

Era una gloria notoria poderse medir en los agones de Olimpia por haber demostrado condiciones para ello pero, constituía dicha inigualable el proclamarse campeón en alguna de las concurridas y difíciles pruebas que integraban los Juegos. De ahí, el ansia por la victoria de los atletas competidores, que buscando a veces el triunfo, perdían aprecio a la vida misma.

Píndaro ensalza y sublima el éxito olímpico, como un factor condicionante de felicidad para toda la vida: *“El vencedor el resto de sus días tendrá una dicha con sabor de mieles”*¹.

¹ Píndaro, *Olímpicas*, I, 96



Famoso Pancracista Agias de Delfos. Única columna honorífica por victoria olímpica que se conserva. Original de 335 a.C. Museo Delfos (obra posiblemente de Lisipo).

Pero además, era tan ansiada y buscada la victoria olímpica y a la vez tan respetado y honrado el vencedor, que el lugar geográfico en donde los triunfos se conseguían -Olimpia- fue a la vez sinónimo de gloria y pública notoriedad y de ahí, que gran parte de los acuerdos políticos, tratados guerreros, convenios, pactos y treguas, tuviesen un reflejo en el Santuario a través de lápidas votivas, inscripciones, monumentos o estatuas. Por ello, como dice Paleólogos (1969:61), el orgullo de Luciano, que se vanagloriaba de haber presenciado hasta siete veces los Juegos Olímpicos; o la piedad y devoción del famoso Milcíades, el héroe de Maratón, que pese a estar aureolado de fama, gloria y poder por sus éxitos militares salvadores de Grecia, va a Olimpia no obstante, a ofrecer y dedicar su casco guerrero, queriendo, quizá con ello, participar en cierta medida de la ansiada gloria que en los Juegos se conseguía.

Niké, era la simbolización de la diosa alada del triunfo, que en jubiloso vuelo, descendía de las alturas para ceñir con la simbólica corona, las sienes de los campeones. Peonio de Mendea, inmortalizó al celebrado numen de la gloria, con la artística escultura que coronando el alto pedestal triangular, daba cara a la fachada sudeste del templo de Zeus, justo enfrente del lugar, en donde en el gran día de la proclamación, se reunían los campeones antes de ser coronados. La alada y delicada imagen de *Niké*, es un reiterado motivo numismático, que ocupando la parte superior circular de las monedas, suele ir siempre acompañando a aquellas en las que el motivo del troquelado, es una cuadriga o caballo victorioso. *Niké*, sobrevolando el carro, o los trotones, parece adelantarse hacia la meta, presurosa, portando en su mano el simbólico premio².

Los atletas en Olimpia, debieron ser ruidosamente animados por sus seguidores en las pruebas eliminatorias y especialmente en las finales. Testimonios diversos de la época así nos lo aseveran. Pero cuando en realidad se conjuntaba un solo y estruendoso bando aclamatorio, era cuando después de arduamente disputado el concurso decisivo, la prueba tenía un vencedor. En su ronda triunfal, los espectadores no sólo le obsequiaban con sus aclamaciones jubilosas, sino que sintiéndose en parte copartícipes de la victoria, se mostraban tan dichosos, que arrojaban sobre el vencedor hojas frescas y flores. Es probable, que en alguna ocasión, le ofrecieran manzanas y granadas (Paleólogos, 1967:117), quizá como antiguos símbolos que fueron ambos frutos, de los arcaicos ritos de la fertilidad.

El júbilo aclamatorio del gentío, debió tener al parecer sus propias normas de expresión y modulación. Cuando el heraldo proclamaba solemnemente el nombre del campeón, los espectadores le respondían con un triple grito equivalente

² Giacosa, Giorgio, *Uomo e cavallo sulla moneta greca*. Encomiable trabajo en donde se hace una detenida exposición y estudio de noventa y cinco monedas emitidas en los siglos III, IV y V a. de J.C.

a “¡Oh vencedor magnífico salve!”(Diem, 1966:224), entonando luego a coro, el himno oficial de los vencedores, compuesto por el poeta Arquiloco³.

Píndaro, refleja en diversas partes de su obra aquellos entusiasmos alborozados del gentío, recogiendo sus prácticas de expresión:

“...este cortejo de los que en Olimpia obtuvieron la victoria, el más estable honor que se concede a las hazañas grandes. Nuestro coro está aquí para cantar”⁴.

.....
 “El melódico himno de Arquiloco que resuena en Olimpia, ese grito de triunfo que se oye por tres veces...”⁵.

El triunfo que era verdaderamente celebrado y admirado en Olimpia, era el que el atleta conseguía en dura oposición con sus contrarios, hasta llegar a la final, venciendo después en ella. Por ello, eran menospreciadas las victorias conseguidas en las diversas modalidades de lucha, cuando el atleta resultaba favorecido en el sorteo y llegaba fresco al combate decisivo por no haberle correspondido contrincantes en las eliminatorias (victoria *ephedros*) bien cuando habiéndosele adjudicado contrario, este no se presentaba a luchar por el triunfo (Pausanias, VI, 6, 5-6), siendo declarado entonces vencedor al compareciente (victoria *akoniti* o “sin empolvarse” ya que no pisaba la arena de la pista) o en todo caso, cuando el oponente del vencedor, era eliminado sin lucha del certamen, por retardatario (Pausanias, V, 21, 12-14.). Los éxitos fáciles que las veleidades de la suerte podía así otorgar, eran desdeñados por los campeones que con denuedo habían tenido que luchar por la victoria; de ahí, que fuera corriente, que en los pedestales de sus estatuas votivas hicieran gravar la presuntuosa advertencia, de que la victoria a la que la estatua correspondía, no había sido ganada por cualquiera de los fáciles caminos antes mencionados. Pausanias habla también con cierto desprecio de los éxitos del azar, omitiendo de su obra la descripción de las correspondientes estatuas conmemorativas, anotando únicamente y como especial excepción, aquellas que correspondiesen a los que “hubiesen ganado personalmente alguna distinción o cuyas estatuas resultasen mejor hechas que otras” (Pausanias, VI, 1, 1-2).

Existía por último, la posibilidad de la denominada “victoria sagrada”, acaecida cuando no se podía adjudicar individualmente el triunfo, por haber fallecido en el lance alguno de los participantes. En este caso, así como cuando para el concurso determinado no se habían presentado aspirantes, la corona era ofrecida al dios.

Sin embargo, lo normal era que los éxitos del atleta y sus hazañas agonísticas y extra-competitivas, fuesen motivo de alabanza y general admiración, dedicándoseles con frecuencia apodos elogiosos basados en las portentosas

³ Nació en Paros en el siglo VII a. de J.C. y murió al parecer en Tasos, durante un combate, a manos del naxio Calondas. Poeta lírico, se le atribuye la autoría del himno a los vencedores olímpicos.

⁴ Píndaro, *Olímpicas*, IV, 9-11.

⁵ Píndaro, *Olímpicas*, IX, 1.

facultades que le habían hecho acreedor al triunfo, o bien en la reiteratividad en el éxito. Al prodigioso corredor Hermógenes de Xanto, múltiple vencedor en tres Olimpiadas (de la 215 a la 217 inclusive) se le conocía también con el sobrenombre de *Hippos* o corcel. El joven luchador Kratinos de Aigeira, fue bautizado como *Egeneto Kallistos* debido a la perfección de una técnica y estilo, así como a su gran belleza corporal, pues fue, al parecer, según Pausanias, el más hermoso de su tiempo. Después del triunfo⁶ se le permitió también a su entrenador como premio, dedicar una estatua (Pausanias, VI, 3, 6). El célebre *olimpiónico* Diágoras⁷ era “enorme” y *euthimaco*, es decir, luchaba con derechura buscando al adversario sin eludir el castigo, y el corredor Ladas de Esparta poseía “pies alados” (*pteroi podes*). Del joven miletense Polyméstor⁸, se decía que era capaz de alcanzar a una liebre en la carrera y el *dolicodromo* tebano Lasthenes⁹ podía vencer a un caballo sobre una distancia de treinta y cinco kilómetros (Moretti, 1957:111). El espartano Hippósthenes¹⁰ y el cretense Diognetos¹¹, fueron venerados como semidioses en sus patrias de origen y las fantásticas hazañas que se atribuyeron a Milon de Crotona a Theágenes de Tasos, o a Pulydamas de Escotusa, tuvieron que estar basadas forzosamente, en un crédula y enfervorecida admiración popular.

Pero además, el lenguaje deportivo de entonces, creó términos concisos con que dar a conocer de forma abreviada, los codiciados y portentosos títulos que algunos atletas privilegiados obtenían. De ahí, el de *periodonikes*, nivel equivalente a nuestro actual campeón mundial, título que se conseguía al vencer en una especialidad determinada, en la ronda correspondiente de los grandes Juegos Panhelénicos; *triestes* o triple ganador en un solo día, de las carreras de *estadio*, *diaulo* y *hoplita*; *aleipos* o luchador si había resultado vencedor en todos los combates que le correspondieran en suerte; *paradoxos* o *paradoxoniques* si consumaba la hazaña de ser doble vencedor en la lucha y el pancrancio; *aparajontistos* si era invicto en el disco y la jabalina y *aristos hellenon* es decir “el mejor de los helenos” si ganaba la *hoplita* y la lucha.

El vencedor de Olimpia gozaba de gloria y fama máximas y a algunos, como ya hemos anotado, se les dio culto de héroes. Pero Píndaro les recuerda sentencioso su condición humana, atajando infundadas vanaglorias:

“A ti campeón de Olimpia...
...el que conservar sepa su riqueza y la gloria añadir a sus copiosos bienes, que no pretenda nunca ser un dios”¹².

⁶ Juegos de la 127 Olimpiada año 272 a. de J.C.

⁷ Campeón en Olimpia de pugilato, 79 Olimpiada año 464 a de J.C.

⁸ Campeón del estadio para jóvenes. 46 Olimpiada año 596 a. de J.C.

⁹ Campeón del dólico en la 94 Olimpiada año 404 a. de J.C.

¹⁰ Seis veces campeón olímpico en el concurso de lucha entre las Olimpiadas 39 a 43.

¹¹ En el pugilato de la 73 Olimpiada (año 488 a. de J.C.), mató a su contrincante de nombre Heracles, motivo por el que fue privado de la victoria por los *hellanódicas*.

¹² Píndaro, *Olimpicas*, V, 20.

2. El Premio

El triunfo agonístico en los concursos helenos, llevaba aparejado junto con la fama y la gloria propia del éxito deportivo en sí, toda una diversa serie de recompensas, trofeos y privilegios de las más variada índole, que además de su diversidad y heterogeneidad esencial, sufren por añadidura, la circunstancialidad de las variantes históricas, que en el largo período de más de mil cien años de permanencia reiterada de la institución, los cambiantes modismos imponen.

En los Juegos funerarios con los que Aquiles honra la memoria de su amigo Patroclo y que tan magistralmente narra y describe Homero, el premio otorgado al campeón de cada especialidad, es vario y normalmente de traducción económica o crematística. Así se disputan y son después entregados al vencedor, yelmos, escudos, jarros de plata, bandejas de bronce, hachas, mazas, medio talento de oro y hasta una hermosa esclava¹³.

En Olimpia no se tiene conocimiento que premios de este tipo hayan sido entregados, figurando por el contrario con caracteres sobresalientes entre los diversos agasajos e investiduras con que se honraba al vencedor, la imposición de la corona de olivo salvaje, el máspreciado símbolo de la victoria.

El origen de la mítica planta, cuya especie tanto abunda hoy día en el fértil valle del Alfeo, es contradicho según las diversas fuentes que a ella hacen referencia. Estrabón y Flegón de Trales¹⁴, la consideraron oriunda del lugar y a Ifito el instaurador de la recompensa de la corona, que con sus ramas se entretreía. Por ello y según la versión citada, fue el mesenio Daiclos, vencedor del estadio en la Séptima Olimpiada, el primer corredor coronado con el simbólico trofeo, ya que al parecer, en tiempos anteriores, el premio dado al vencedor era una manzana. La revolucionaria innovación, fue comunicada al famoso rey eleo por el Oráculo de Delfos, cuando aquel fue a inquirir sobre el premio a otorgar en los Juegos. La repuesta del dios pítico fue taxativa: "*Ifito no des más la fruta del manzano como premio al vencedor, prémialo en su lugar con una corona del salvaje y fértil olivo que está ahora envuelto en telarañas*".

De regreso Ifito en Olimpia, halló entre los olivos que crecían en el *Altis*, uno envuelto en telas de araña, que a partir de ese momento mandó cercar, para destinarlo en lo sucesivo, al importante cometido asignado por el oráculo.

Pausanias también considera al olivo salvaje como planta natural en el lugar, especialmente abundante en las húmedas y caldeadas riberas del Alfeo¹⁵. Es por ello, que en sus referencias, estima como normal la abundancia del arbusto

¹³ Homero. *La Ilíada*, XXIII Versión castellana de J.B. Bergua. Madrid. 1943.

¹⁴ Citados por Paleólogos. *Les anciens jeux olympiques*, A.O.I. 1964-pág. 65.

¹⁵ Pausanias. Descripción de Grecia. *En Historiadores Griegos*. Traducción al castellano por Francisco de P. Samaranch y A. Díaz Tejera. Madrid 1969 pp. 24-479, V. 14, 3.

dentro del *Altis*. La planta sagrada de la que se entresacaban los esquejes para la confección de las coronas, se hallaba ubicada en las proximidades del ángulo noroeste del Templo de Zeus y era conocido bajo el nombre de *kotinos Kalistéfanos* (el olivo de las bellas coronas) que formando conjunto con los demás arbustos de su especie que trazaban arco a su alrededor, componían un frondoso grupo denominado *pantheon*.

“Casi enfrente de la cámara posterior crece a la derecha, un olivo silvestre. Se llama el olivo de las Bellas Coronas y de sus hojas hacen las coronas que es costumbre dar a los vencedores de las competiciones olímpicas. Cerca de este olivo silvestre, se alza un altar de las Ninfas; estas también son llamadas Ninfas de las Bellas Coronas.” (Pausanias, V,15, 3).

Del poblado vivero de olivos silvestres, que rodeaba a la sagrada planta central, sería posiblemente de donde se entresacaban los necesarios brotes para las ceremonias rituales que mensualmente los sacerdotes oficiaban en los sesenta y nueve altares, que de importancia varia, jalonaban los diversos rincones del *Altis* (Pausanias, V, 15, 10).

Píndaro considera como importada a la sagrada planta, traída según él por Heracles, *“cuando las cañadas del monte Cronos no poseían aún hermosos árboles, y el desnudo vergel vio atormentado por los rayos del sol tan calcinantes...”*¹⁶. Por ello, el esforzado héroe tebano, transplantó el arbusto de lejanas tierras para que sirviese de artístico y alegórico instrumento de triunfo:

*“ciñendo sus cabellos cual verde adorno las hojas del olivo que en otro tiempo desde las fuentes sombreadas del Istro el hijo de Anfitrion se trajo bellissimo recuerdo de los trofeos que regala Olimpia. Con persuasiva frase logró que se lo dieran los pueblos Hiperbóreos que rinden culto a Apolo...y les pidió con ánimo leal para el Santuario universal de Zeus el árbol que a las gentes copiosas que a él llegaran, diera sombra, y a los atletas diera sus coronas”*¹⁷.

La versión acerca del origen del sagrado árbol dada por Píndaro, habrá que entenderla como ilógica en sus posibilidades y parcial por la designación del héroe a quien se adjudicaba la primicia importadora. Lo primero ya que es improbable que una planta como el olivo que necesita de clima seco y caluroso, fuese frecuente y abundante en las nebulosas y frías márgenes del Danubio, como el famoso lírico afirma. En otro sentido, no hay que olvidar, que a quien se atribuye la hazaña, Heracles, hijo de Anfitrión, se le consideraba nacido en Tebas, razón de paisanaje con Píndaro que posiblemente justifique la atribución del mérito y el ensalce lírico que del hecho se hace por parte del rapsoda tebano, tan frecuentemente aficionado a “vuelos literarios”.

¹⁶ Píndaro, *Olímpicas*, I, 22. Traducción del griego, prólogo y notas de Francisco de P. Samaranch. Madrid, 1967

¹⁷ Píndaro, *Olímpicas*, I.

En los primeros días del festival olímpico, un joven de noble alcurnia, cuyos padres estuvieron en vida (los que oficiaban el gran festival de la vida no debían aún estar tocados por el dedo de la muerte) se encaramaba al famoso olivo *Kalistéfanos* y separaba tantos brotes cuantas coronas se fuesen a trenzar para los Juegos.

Las ramas que se cortaban, crecían al parecer de forma recta como las del mirto y por un significado de carácter mágico, era necesario que cada corona fuese tejida con un solo brote de la planta. El corte de las ramas lo hacía el joven oficiante en presencia de los *hellanólicas*, utilizando como instrumento, un pequeño cuchillo de oro en forma de hoz. Una vez trenzadas las coronas, se colocaban sobre un trípode de cobre que se guardaba en la antecámara del Templo de Zeus (Pausanias, V, 12, 5.) y en tiempos posteriores, cuando Pausanias visitó Olimpia, los simbólicos trofeos se depositaban en una artística mesa de oro y marfil tallada por Colotes y guardada habitualmente en el *Heraión*, (Pausanias, V, 20, 1-3) aunque durante la gran solemnidad de la coronación de los *olimpiónicos*, era transportada al gran templo oficial.

Antes del acto protocolario de la proclamación de vencedores, a cada uno de los ganadores de los concursos, una vez que el juez de la prueba lo había declarado vencedor y el heraldo daba oficial publicidad al veredicto, se le ceñían las sienes con una cinta de lana, como inmediato y a la vez transitorio atributo de su triunfo. La costumbre, debió nacer en el Hipódromo como medio de ornar a los jinetes y aurigas, a quienes paradójicamente, no se les entregaba la corona de olivo que sólo pertenecía al propietario de los caballos y debió, posteriormente, trasladarse al Estadio, siendo frecuente ver reproducido el acto de imposición de la cinta por el juez, en multitud de dibujos cerámicos de la época. Como caso de imposición de la cinta de vencedor en el Hipódromo, Pausanias nos narra el conocido pasaje en el que el espartano Lichas distingue de esta forma a su auriga ganador (Pausanias, 2, 22).

En épocas posteriores a cuando se hizo habitual el adorno de la banda triunfal, se debió establecer la costumbre de entregar al vencedor también una corona de palma, símbolo de eterna juventud, resistencia, fortaleza y poder. Pausanias, después de referirse a los motivos por los que en Olimpia se otorgaba al vencedor una corona de olivo, de laurel en Delfos, de pino en el Istmo y de apio en Nemea, añade que “en la mayoría de los Juegos sin embargo, se da una corona de palma, y en todos ellos la palma es colocada en la mano derecha del vencedor. Se dice que el origen de esta costumbre, es que Teseo, a su regreso de Creta, celebró en Delos unos Juegos en honor de Apolo y coronó a los vencedores con palmas (Pausanias. VII, 48,2-3). En parte del texto, del pasaje citado, Pausanias reseña la estatua votiva de “*Iasios sujetando a un caballo por las riendas y llevando en su mano derecha una rama de palma*”.

El acto solemne de la coronación de los vencedores con el olivo sagrado, atributo oficial del vencedor olímpico, se reservaba, al parecer, para el último día

del festival. Es de suponer no obstante, que la programación así concebida no fuera inalterable y hubiese cambios según las diversas vicisitudes históricas por las que los Juegos atravesaron, pues se conocen casos como el referente al pugilista Herakleides, que fue coronado inmediatamente después de adjudicársele el triunfo, al ser declarado su oponente Apolonio retardatario¹⁸.

En el día y a la hora señalada, los vencedores de los concursos se dirigían en solemne cortejo hacia la gran entrada del Templo de Zeus. Al final de la amplia escalinata, los *hellanódicas* rodeando la preciosa mesa conteniendo los simbólicos trofeos, daban comienzo al acto. Cada atleta era llamado por su nombre y por el de su progenitor, pregonándose su patria de procedencia y la prueba en que había resultado vencedor. Con paso medurado y ademán solemne, el *olimpiónico*, ceñidas ya sus sienes con la cinta del triunfo y llevando en su mano derecha la rama de palma, acudía hasta la entrada del gran Templo, en donde el *hellanódica* más antiguo con grave y ritual actitud, le coronaba en religioso simbolismo, con la rama del sagrado olivo. El *olimpiónico*, una vez así ungido, descendía de nuevo hasta el grupo de compañeros y el acto finalizaba cuando el último era coronado.

La corona de olivo encerraba en su esquemático significado, una conjuntada y poderosa encarnación de fuerzas biológicas y espirituales, que con el acto de la investidura al ganador, figuraba pasaban a su persona. Pero al mismo tiempo era además, un medio de comunicación en aquella manifestación de religiosidad agónica, en la que el humano se identificaba con el gran dios nacional, las sienes de cuya imponente imagen, también se hallaban ceñidas con una guirnalda de la litúrgica planta.

La espiritual recompensa olímpica, fue frecuente motivo de extrañeza por pueblos de otras razas e ideologías, que no llegaban a explicarse el ansia misteriosa de los atletas por un premio carente de todo valor material y que al parecer sobradamente los recompensaba, caso de conseguirla, de cúmulo de privaciones y sufrimientos que antes tenían que padecer para obtenerla. Herodoto, el primer cronista de Grecia, relata un pasaje que sitúa hacia el año 480 a de J.C. cuando los persas al mando de Jerjes han franqueado el Helesponto, conquistando Tesalia y tomado por traición el paso de los Termópilas, después del heroico holocausto del rey Leónidas al mando de sus trescientos espartanos.

“Ciertos aventureros naturales de Arcadia, pocos en número, faltos de medios y deseosos de tener a quién servir para ganarse la vida, se pasaron a los persas. Conducidos a la presencia del rey, preguntáronle los persas, llevando uno la voz en nombre de todos, que qué era lo que entonces estaban haciendo los griegos. Respondieron ellos que celebraban los Juegos Olímpicos, habiendo concurrido a los certámenes gimnásticos y carreras de caballos. Preguntó el persa cuál era el premio propuesto por cuyo goce contendían, a lo que respondieron que la recompensa consistía en una corona de olivo que allí se daba. Entonces cuando oyendo esto

¹⁸ Pausanias. V, 21, 12-14.

Tritantegmes, hijo de Artabano, prorrumpió en una exclamación que le costó ser tenido del rey por traidor y cobarde; pues informado de que el premio en vez de ser de dinero era una guirnalda, no pudo contenerse sin decir delante de todos: “Desgracia, Mardonio, ¿contra qué especie de hombres nos sacas a campaña que no se las apuestan sobre quién será más rico, sino más virtuoso?”¹⁹.

La misma incompreensión respecto al clásico ideal heleno sobre el agonismo olímpico, habían de experimentar los romanos con su llegada histórica al escenario de los hechos.

Píndaro, a lo largo de los catorce poemas que dedica a los *olimpiónicos*, hace reiteradas referencias al galardón de la corona de olivo, “exaltada en la solemne fiesta”²⁰, “conquistada con los brazos, con los pies o con el carro”²¹, o “corona ganada en los Juegos que se premian con hojas y guirnaldas”²², “dulce recompensa de la virtud sublime”²³, “es la corona que el campeón en Olimpia ciñe”²⁴.

3. Vencedores legendarios

Milón de Crotona. Hijo de Diótimo. Fue sin duda alguna el más célebre luchador de la antigüedad. La vigorosa impronta de su actuación agonística, hizo nacer al cobijo de su figura legendaria, toda una serie de hazañas de poder y voracidad, en las que la base real de su fuerza sobrehumana, dio pábulo y cobijo al nacimiento del mito.

En los Juegos de Olimpia, conquistó su primera corona de victoria en la lucha, para la categoría de jóvenes, en la 60 Olimpiada (540 a. de J.C.), cuando sólo contaba quince años. Después, sucesivamente en las Olimpiadas 62, 63, 64, 65 y 66 ya nadie pudo arrebatarle el triunfo. De su actuación en los otros grandes Juegos Panhelénicos, conquistó la victoria siete veces en los Juegos Píticos (una de ellas en la categoría de jóvenes) nueve en los Nemeos y diez en los Istmicos, de donde se deduce que Milón, fue cinco veces *periodonikes*, excepcional hazaña difícil de conseguir en tan dilatado período de tiempo.

La voracidad del gran atleta, corría pareja a su fuerza, siendo su ración normal de alimento diario, de diez kilos de carne, acompañados de otros tantos litros de vino. Pero la proeza fantástica de glotonería del gran campeón nos la relata Doreius:

“Tal era Milón, cuando del suelo, el pesado toro de cuatro años levantó y a la fiesta de Zeus sobre sus espaldas transportó. Cual si de un corderillo se tratase, por entre

¹⁹ Herodoto Historias, VIII, 26. Versión inglesa de A. Sélin-court, Harmondsworth. 1961

²⁰ *Olímpicas*, XIII, 25.

²¹ *Olímpicas*, X, 69.

²² *Olímpicas*, VIII, 75.

²³ *Olímpicas*, V, 1.

²⁴ *Olímpicas*, XII, 17.

la multitud lo llevó. Todos enmudecieron cuando lo colocó, delante del sacerdote de Pisa que ofrecía los sacrificios. Y este toro que no tenía igual, después de haberlo cortado en trozos y cocido, se tendió y él solo y entero devoró”.

La pluma de Pausanias se desborda, describiendo las prodigiosas anécdotas del legendario atleta.

“De él se cuenta -dice- lo de la granada y el disco: una granada, la sujetaba de tal manera, que nadie podía quitársela y él tampoco la estropeaba apretando. Y puesto de pie sobre el disco engrasado, se reía de los que le empujaban e intentaban quitarle de encima de él. Y todavía hacía otras exhibiciones de fuerza. Se ataba a la cabeza una cuerda como una tenia o corona, contenía el aliento y llenando de sangre las venas de la cabeza, rompía con la fuerza de éstas la cuerda. Se cuenta también, que juntando el brazo derecho al cuerpo y extendiendo hacia adelante el antebrazo y poniendo el pulgar hacia arriba y los demás dedos por orden, el meñique debajo, no había quien le hiciese mover. Dicen que fue muerto por las fieras, pues estando en el campo de Crotona, encontró un árbol seco que era mantenido abierto por unas cuñas. Milón, confiado, metió las manos en la hendidura, las cuñas se escaparon y Milón, preso allí, fue pasto de los lobos, animal del que hay gran abundancia en el país de Crotona. Tal fue el fin de Milón”.

Milón, además de extraordinario atleta, fue un ciudadano instruido, discípulo al parecer del famoso filósofo y matemático Pitágoras (muerto aproximadamente en el 496 a. de J. C.). Según Estrabón, cuando en una ocasión se hallaba Milón en la casa del maestro tomando parte en una fiesta, una columna del edificio se vino abajo, por lo que ante el temor al posible derrumbamiento del techo, se situó Milón en el lugar del pilar, hasta que todos los invitados abandonaron el local.

Fue también Milón valiente y experto guerrero, participando en la batalla que sus conciudadanos mantuvieron contra Sibaris.

La estatua de Milón, obra de Dameas, fue vista por Pausanias en el *Altis*, hasta donde se dice que el esforzado campeón, la transportó sobre sus espaldas³⁹.

Según Paleólogos solamente Titormón, célebre pastor de Etolia, de descomunal estatura⁴⁰, fue capaz de aventajar en fuerza a Milón. Al parecer, podía transportar y elevar por encima de su cabeza una piedra tan pesada, que ni el mismo Milón era capaz de levantar⁴¹.

³⁹ Pausanias, VI, 14, 5; Filostrato : Vida de Apolonio, IV, 28; Diodoro, XII, 9

⁴⁰ *Famed athletes of ancient Greece*. AOI. 1963, página 159.

⁴¹ Hazañas memorables en levantamiento fueron, las realizadas por Bybón y Eumastas. El primero, según reza una inscripción de una piedra que pesa 143,5 kilos, fue capaz de levantarla y arrojarla por encima de su cabeza, El segundo separó del suelo una mole de 480 kilos existente en la isla de Santorini. También ésta tiene una inscripción que dice: "Eumastas, hijo de Critóbulo me levantó del suelo".

Diágoras de Rodas. Hijo de Damágetos, venció en el pugilato de los Juegos de la 79 Olimpiada (año 464 a. de J.C.). Fue pues el primer *olimpiónico* de Rodas. Además de la victoria olímpica, consiguió otra en Delfos, cuatro en los Juegos Istmicos y dos en los Nemeos, lo que le configura como seguro *periodonikes*. Píndaro, cuya Olímpica XII dedica al célebre campeón rodio, embalsa de perfumados elogios⁴² su legendaria figura, a la vez que canta sus otras victorias en Juegos menores como fueron los obtenidos por aquél, en los de Rodas, Atenas, Argos, Arcadia, Beocia, Pellene, Egina y Megara.

Diágoras fue el fundador de una dinastía de campeones olímpicos, ya que en Olimpia habían de conseguir la corona del triunfo sus hijos Damágetos, Akusilaos y Dorieus y sus nietos Eukles y Peisirodos. La estatua olímpica de Diágoras era obra de Calicles de Megara y estaba rodeada por las demás de los otros vencedores que integraron el famoso y victorioso clan rodio.

Al parecer, Diágoras acudió a Olimpia en el año 448 para presenciar los Juegos de la 83 Olimpiada, en la que tomaban parte sus hijos Akusilaos en el pugilato y Damágetos en el pancracio. En la final, ambos atletas se proclamaron vencedores en sus respectivos concursos y cuando les fueron entregadas las coronas del triunfo, se dirigieron hacia donde su padre se hallaba sentado y colocándole ambas coronas sobre sus sienes, lo alzaron en hombros y lo pasearon en vuelta triunfal por el estadio. La multitud prorrumpió en aplausos y gritos de júbilo al tiempo que les arrojaban flores a su paso. Un espectador le gritó: “¡Feliz tu Diágoras por tus hijos y ya en la vida que te resta nunca podrás disfrutar de una dicha como ésta!..”. Cuando finalizado el apoteósico recorrido, los dos *olimpiónicos* fueron a descender de sus hombros al venerable y glorioso campeón de otros tiempos, se dieron cuenta de que había fallecido. Quizá, su espíritu consideró que aquel momento tan glorioso, era el más adecuado para despedirse de la vida. (Pausanias, VI, 8, 4)

Bibliografía

- Diem, Carl, *Historia de los Deportes*. (Barcelona: Luis de Caralt, 1966).
- Filostrato el Ateniense, *Vidas de los Sofistas*. En *Biógrafos Griegos*. (Madrid: Aguilar, 1973).
- Giacosa, Giorgio, *Uomo e cavallo sulla moneta greca*. (Novara, 1973).
- Herodoto, *Historias*. Versión inglesa de A. Sélin-Court, (Harmondsworth, 1961).
- Homero, *La Ilíada*. Versión castellana de J.B. Bergua. (Madrid, 1943).
- Moretti, Luigi, *Olimpionikai i vincitori negli antichi agoni olimpici*. (Roma : Academia Nazionale del Lincei, 1957).

⁴² Lo califica de “enorme” y eutimaco, es decir, de atleta que lucha con nobleza, derechura y coraje, sin tratar de rehuir al contrato.

Paleólogos, Cleanthis, *L'Ancienne Olympie et son enseignement moral*. Actas de la Academia Olímpica Internacional, (Athènes: AOI, 1969).

Paleólogos, Cleanthis, *The position of the athlete in society in ancient Greece*. (Athens: AOI., 1967).

Paleólogos, Cleanthis, *Famed athletes of ancient Greece*. (Athens: AOI, 1963).

Pausanias, *Descripción de Grecia*. En *Historiadores Griegos*. Traducción al castellano por Francisco de P. Samaranch y A. Diaz Tejera. (Madrid, 1969).

Píndaro, *Olímpicas*. Traducción del griego, prólogo y notas de Francisco de P. Samaranch. (Madrid, 1967).



El Diadumeno copia romana de una obra de Polícleto de Argos (h. 480-420 a. C) conservada en el Museo Arqueológico de Atenas que representa a un atleta con la cinta de la victoria ceñida en la cabeza.